

El día que cambió la noche Con Pita Amor en El Nueve

José Luis Martínez S.

José Luis Martínez S., director del suplemento "Laberinto", del periódico Milenio, acaba de publicar un volumen de crónicas sobre el mundo de la fiesta y la noche en la Ciudad de México, entre finales de los setenta y principios de los ochenta, como deja ver el siguiente episodio.

Llegué al Nueve, el bar gay más prestigiado de la época, invitado por la poeta Pita Amor. Era una leyenda y sobre ella circulaban los más increíbles rumores. Vendía hojas con sus poemas en los restaurantes de la Zona Rosa y continuamente se le veía discutir a grito abierto con clientes y meseros. Era inoportuna y grosera, genial y rotunda.

Una tarde caminaba con ella por Bucareli, cuando de repente se paró frente a una taquería atendida por dos tipos mal encarados. Con voz de trueno, me dijo:

—¡Nunca coma tacos aquí, son una porquería!

Me hice el disimulado cuando vi la mirada furiosa de los taqueros, a quienes Pita amenazaba con su aristocrático bastón mientras ellos atendían a una numerosa y desconcertada clientela.

Varias ocasiones nos reunimos en un restaurante cercano al Teatro Milán, en la colonia Juárez, donde no querían recibirla. Ella gritaba: ¡Vengo con el señor, él va a pagar! La dejaban pasar a regañadientes y le servían una o dos copas, nunca más. Tenía que entrevistarla, pero a cada pregunta respondía con algún poema: *Cara redonda tenía / de redonda soledad; / el aire que la invadía / era redonda armonía / de irrespirable ansiedad*, o algo por el estilo. Yo me desesperaba, sobre todo porque don Vicente me exigía la entrevista. Nunca pensé en proponer-

le una crónica de mis paseos con esa poeta que había tenido y llevaba una vida delirante. No sé cuál habría sido el resultado, pero sin duda sería mejor que haber olvidado tantas cosas.

La noche del Nueve estaba en una silla alta, con aires de reina, con tocado, encajes, abanico, llena de joyas. Iba a ofrecer un recital. Todos guardaban silencio. Cuando el reflector apuntó hacia ella, se cubrió de inmediato los ojos con el abanico y vociferó por el micrófono:

—¡Quítenme esa luz! Mis pestañas son de papel de china.

Se escucharon algunas risas y luego otra vez el silencio para oír a *La señora de la tinta mexicana*, admirada y querida por Xavier Villaurrutia, su maestro, por el que guardaba una devoción cercana al fanatismo.

A partir de ese día, comencé a frecuentar El Nueve, a platicar a veces con Henri Donnadieu, quien una tarde me dijo:

—Este es un lugar con una animación que no existía en México. En una ciudad de casi 15 millones de habitantes, tiene que haber lugares con este tipo de clientela. Además, se ha convertido en un vehículo cultural, donde se promueven cosas que valen la pena. No estoy tratando de legitimarlo, pero pienso que siempre hay minorías que no pueden ser ignoradas.

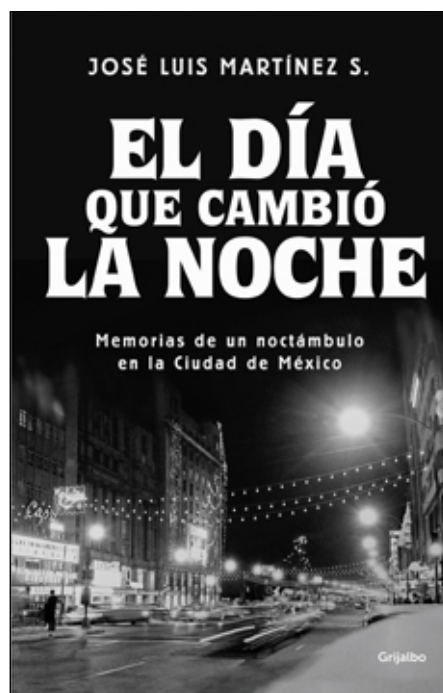
Las presentaciones de libros y revistas, los performances, la proyección de películas prohibidas, los conciertos de rock mexicano, los cocteles en honor a las figuras del espectáculo contribuyeron a la fama del Nueve. También sus fiestas temáticas, como la realizada en julio de 1985 por los cuarenta años de Manolo Fernández, uno de los dueños del bar. Fue en el estacionamiento y muchos de los invitados acudieron disfrazados como personajes de películas de la época de oro del cine mexicano. Predominaban los pachucos y las rumberas y un ambiente de carnaval con tantos colores, tantos rostros pintados, tantas ganas de llamar la atención.

En una crónica publicada en agosto en *Su Otro YO*, Carlos Monsiváis escribió con su habitual ironía: “Lo que sea de cada quien, Manolo y Henri tienen un formidable poder de convocatoria. Aquí están los que debían de estar, no los Grandes Nombres que no terminan de agonizar, ni la élite en un instante de confianza en la benevolencia de la vida nocturna, sino la ubicua Foto Panorámica del Reventón, los neogalanes y las actrices (pero de telenovela), los peinadores del momento, los pintores con más éxito en las márgenes del Reconocimiento; las modelos de paso por la capital luego de una permanencia de 18 o 20 años en Tampico o Piedras Negras, los hombres de la televisión, el equipo de *Video Cosmos*, que filma este moderado ejemplo de la desesperación contemporánea; en síntesis y para no seguir haciendo de este catálogo una *lista in* de los años sesentas, quienes han decidido invertir su tiempo con tal de retener esa ilusión última de Sociedad, de auras codiciables, de existencias que al mediodía conocen el reposo y al atardecer despiertan temerosas de la luz. ¡La Foto Panorámica del Reventón! Los mismos en todas partes, los creyentes postreros en una vida social compuesta de tumultos y fiascos, de cocteles y ligues, de sitios exclusivos y de conversaciones laberínticas cuyo triunfal Minotauro es el tedio”.

Henri Donnadieu estaba convencido de la importancia de su proyecto. En febrero de 1983 me dijo:

—En El Nueve tratamos de hacer algo sano, digno. Cada evento que organizamos, tiene publicidad y bastante público. La prensa nos ha tratado bien. Estamos conscientes de que esto es fruto de seis años de trabajo constante. Claro que lugares como El Nueve se prestan al amarillismo de ciertas publicaciones, son susceptibles de periodicazos o críticas destructivas. Pero a nosotros las que nos importan son las críticas bien hechas, fundamentadas.

El Nueve era muchas cosas: un espacio para la diversión, el ligue, la música. También, una interminable pasarela. Desde la barra poligonal, cuando platicaba con Henri, presenciaba el constante desfile de modelos, algunos verdaderamente insólitos. Sobre esto, Enrique Mercado escribió en *Su Otro YO*: “Beber, bailar, aderezarse. Más que un lugar de reventón, El Nueve es un mo-



numento vivo a la industria del vestido en México. Nadie imaginaba que el país pudiera hacer tantas prendas raras y tan vistosas, tan hechas para el apantalle y el alucine. Uno podría acercarse a algunos de los frequentadores del Nueve —porque casi siempre son los mismos— y preguntarles por el origen de su ropa; invariablemente uno escuchará decir que esa chamarra atacada de bolsas, ese suetercito suave, ese par de zapatillas lustrosas, o la corbata de seda y el abrigo de pieles han sido producidos en todos los países de Europa, en algún exótico país de Asia, o incluso en una rara ciudad de la Oceanía, pero el inquisidor siempre es escéptico y no se asombra ante el estrépito de las marcas: todo es cuestión de una etiqueta. No cabe duda que el país va para arriba, y que por las escaleras del Nueve también se descende: si no sabes bailar y si en tu ropa se lee algo así como *Camisas Cadenas*, no te preocupes: te puedes divertir en otro lado”.

Guardo buenos recuerdos del Nueve. Nunca me interesó indagar sobre quiénes visitaban el baño para meterse una o dos líneas de cocaína, nunca quise saber de la historia subterránea de ese o cualquier otro lugar. Lo único que quería era divertirme y aprender de una realidad que me era ajena. La última vez que estuve ahí fue en abril de 1986 para convencer a Henri de que nos diera publicidad de su restaurante El Olivo para la revista *Diva*, que aparecería en lugar de *Su Otro YO*, en pleno Mundial, con Maribel Guardia en la portada. En la fiesta de lanzamiento, en la disco Menage, en Insurgentes Sur 1881, llegó la selección argentina en pleno con un Maradona vulgar y escandaloso que a fuerza quería manosear a Maribel, quien se zafó de él como pudo. Pero esa es otra historia. **U**

Fragmento del libro *El día que cambió la noche* (Grijalbo, 2016).